

La dialéctica de la puerta: *cerrada*, equivale a Poder, integración; *abierta*, a astenia, deterioro. La Comala que recuerda Pedro Páramo —la de su juventud— establece un contraste con la Comala recordada por Dolores Preciado y Susana San Juan; ésta se acuerda de los limones, naranjos, viento y gorriones del día en que murió su madre (consumida por la tisis); aquélla, recuerda una Comala de bonanza *anterior* a Pedro Páramo, es decir, cuando ella gozaba de un patrimonio íntegro (rancho de Enmedio). Pedro Páramo y Dolores tienen algo en común: consideran a Comala un lugar de abundancia cuando ésta concuerda con su respectiva solvencia económica. Susana, por el contrario, no asocia Comala con la economía, sino con la oposición pureza/impureza (física y moral), según lo visto anteriormente. La *impureza* se relaciona con sus padres (la madre, a la tuberculosis; el padre, al incesto; éste, a la corrupción moral; aquélla, a la impureza física); la *pureza* se asocia al espacio: Comala, con sus gorriones, limoneros y naranjos; el mar matutino, con su fuerza *benéfica*, depuradora. Al saber de la muerte de Miguel, Pedro Páramo reconoce lo siguiente:

—Estoy comenzando a pagar. Más vale empezar temprano, para terminar pronto.
No sintió dolor. (SIII: 28DN, pág. 72.)

¿Qué está comenzando a pagar? ¿Los crímenes acumulados y la venganza satisfecha en una sistemática mortandad, ocasionada a raíz de la muerte de su padre? Pero con el padre nunca tuvo una relación cariñosa; recuérdese la desilusión de don Lucas al ver en Pedro «un flojo de marca», «se me malogró», etc. ¿Está pagando los abusos de Miguel? («La culpa de todo lo que él haga échamela a mí»). En esto, quizá Pedro Páramo estuviera de acuerdo: según él, estaría pagando todos los males perpetrados en Comala. Para nosotros, sin embargo, la *culpa original* está en el principio del poder de Pedro Páramo, es decir, en SIII: 9-13DN, espacio narrativo en que empieza su época de usurpación, contrayendo matrimonio con Dolores Preciado y asesinando a Toribio Aldrete.

II

Como personaje, Pedro Páramo es mucho más intrincado que Juan Preciado, y sólo Susana San Juan se le asemeja en este aspecto. Pedro Páramo, como signo histórico, es grávido y etéreo a la vez; es una contradicción: una fuerza aglutinadora y también una diseminación de sentidos. Juan Preciado lleva a costas un destino impuesto por su historia; Pedro Páramo *hace* su historia, impulsa su propio destino. Pero en él hay una inherente duplicidad: el que se hace a sí mismo y el que es hecho por el pasado íntimo; éste le ennoblece (Susana), aquel le envilece (Poder). Paradoja histórica: el hacerse equivale a disolverse moralmente.

Más específicamente, la contradicción que constituye a Pedro Páramo se hace manifiesta en un *espacio* y en una *mujer*, ambos objeto de una tenaz voluntad de dominio. Pero el afán totalitario de Pedro Páramo no es una oscilación entre espacio y mujer, sino una (frustrada) culminación de poderío que va de Comala a Susana: ésta representa un pasado —adolescencia y comunión— que ya no es posible reiterar; por

otra parte, Comala equivale a un destino truncado por ser inauténtico. Pedro Páramo integra bajo su yugo a un pueblo, pero lo hace sin intenciones de formar una comunidad: la voluntad motriz es la del poder; la necesidad de vengar la muerte de su padre es sólo un pretexto: la verdadera pasión está detrás del despecho de haber vivido bajo un hogar en desintegración y penuria, todo debido a Comala, pueblo que había sido el fracaso de la familia Páramo («pero tu abuelo le jerró con venirse aquí», pág. 18). Desde su juventud, Pedro Páramo muestra señales de tener dos rasgos primordiales en su carácter: sensibilidad y amor (hacia Susana) e insensibilidad y desapego (hacia la familia y el prójimo). Hay, además, dos indicios que acusan una incipiente ambición y agresividad por parte de Pedro Páramo: lo relacionado con el dinero para el mandado (SII: 2DN, pág. 18), su rebeldía como aprendiz en la oficina del telégrafo (SII: 5DN, pág. 24). Notemos que el gusto por el dinero (Poder) ya es visible en su adolescencia; la rebeldía, por el contrario, es categórica ya en plena juventud. ¿Qué mundo le rodea a Pedro Páramo?, uno de ineptitud: el encargado del telégrafo (Rogelio), «se vive tomando cervezas en el billar», mientras que Pedro se ve bajo la responsabilidad de cuidar al niño de su patrón. La abuela le recomienda a Pedro tener paciencia, humildad y resignación; éste, sin embargo, contesta: «—Que se resignen otros, abuela, yo no estoy para resignaciones» (pág. 24).

Pedro Páramo es un haz de posibilidades históricas, pero sólo dos se hacen visibles como rivales de su destino; debido a sus circunstancias, Pedro se transforma en suelo fértil donde nace vigorosamente, como hiedra reptante, la voluntad de dominio. Con ello, el proceso de maduración logra constituir un carácter *opuesto* al de juventud, caracterizado primordialmente por la comunión cordial y no por la conjunción posesiva. Los dos seres que se reúnen en Comala, después de haber estado distanciados por treinta años, ya no son los mismos: ambos son seres endurecidos por su respectivo contorno. Suele repetirse con frecuencia que Comala, bajo Pedro Páramo, es un purgatorio. Esto quizá se justifique si se piensa en un punto intermedio entre Paraíso e Infierno. En otras palabras, se tiene en mente un proceso de degradación que culmina en la muerte eterna. Según esto, Comala tiene las siguientes tres etapas:

Paraíso

La Comala que recuerda
Dolores Preciado.

Purgatorio

La Comala que domina
Pedro Páramo.

Infierno

La Comala en que muere
Juan Preciado.

Este esquema, sin embargo, no satisface las exigencias que nos impone la obra de Rulfo, simplemente porque no se ajusta a la contextura semántica del relato. ¿Qué paraíso es el de Dolores Preciado? Una Comala que quizá sólo existió en sus recuerdos de juventud, puesto que al casarse con Pedro Páramo, Dolores era una mujer en soledad cuyo único «paraíso» era la seguridad económica que había heredado. Comala es, en verdad, un pueblo al margen de la vida nacional y, por lo mismo, estancado y sin dirección histórica. Por esta razón, la gente de Comala sólo «vive» cuando la integra una fuerza superior a ella misma, un poder que marca el compás del pueblo.

Cuando no existe esta fuerza histórica —encarnada por algún cacique—, Comala se afloja y desintegra como un cadáver agusanado. Pedro Páramo jamás pierde su dominio sobre Comala: la sacrifica en la muerte de Susana San Juan, haciéndola objeto una vez más de su ira y despecho. Y sólo en esto continúan siendo semejantes Susana y Pedro: en su mutuo odio hacia Comala.

Bajo Pedro Páramo, Comala vive tiempos de bonanza. Los hombres que trabajan en la Media Luna son casi tan numerosos como los costales llenos de grano (véase SIII: 26DN, págs. 65-69). Al cruzarse de brazos con intenciones de que se muera de hambre Comala, sólo aquellos habitantes sin espíritu de empresa son los que permanecen en el pueblo. Y mueren. Lo anterior tiene ciertas implicaciones políticas, puesto que, en primer lugar, la integración histórica de un pueblo (Comala) nunca será producto de la voluntad de un hombre, sino de una comunión de voluntades; en segundo lugar, la ley nunca puede ser arbitraria y según los intereses de una casta privilegiada (véase SIII: 12DN, pág. 44), sino una ley que proteja los derechos de toda la comunidad. Como proyecto histórico, el de Pedro Páramo estaba destinado al fracaso, puesto que todo dependía de su voluntad; sin embargo, Comala —pueblo sin destino propio— solamente logra vivir bajo la dirección de este cacique. Preguntémonos: ¿no es ésta la misma condición anímica de los habitantes de Luvina? La única fuerza histórica que llega a Luvina es la figura de un ingenuo maestro rural, lleno de ilusiones pero sin la voluntad y astucia necesarias para levantar históricamente a un pueblo. Luvina no cree en el Gobierno, pero tampoco cree en sí mismo: es un pueblo sin iniciativa, un órgano comunitario que no ha sido integrado al sistema nacional.

Y he aquí el problema que caracteriza a la provincia (y razón de la masiva emigración hacia centros urbanos): la incomunicación con el resto del país. De aquí que, en relación a México, Comala sea dos cosas: símbolo de un sistema político a punto de llegar a su fin (Revolución de 1910), y ejemplo de un país desarticulado cuya meta principal, después de la Revolución, será la búsqueda de un destino colectivo en el que ya no rijan los intereses de castas privilegiadas ni, mucho menos, las leyes hechas ad hoc por los que se encaraman en el Poder. Esta meta es precisamente uno de los aspectos que le da vigencia a la obra de Rulfo, junto a la de Carlos Fuentes y de otros escritores de preocupaciones afines. Pedro Páramo y Artemio Cruz son dos personajes novelísticos que se transfiguran en preguntas (problemas) de nuestro siglo, preguntas que interrogan por los límites del poder y por la condición moral del hombre en sociedad.

Volvamos al diagrama que ilustra el eclipse de Sol. Reconociendo que la noción de eclipse es en sí una metáfora que sólo tiene la función de ilustrar dos aspectos de la obra —a saber, el orden de cuerpos celestes en situación simétrica al orden de secciones SI (Tierra), SIII (Luna), SV (Sol), y el origen de la *noche larga* en Comala y su relación a Pedro Páramo—, esta metáfora no es del todo desventurada como a